

El Ensayo como Herejía

José Antonio Castro

Cuando recordamos la obra escrita por Mariano Picón Salas tenemos que reconocer en ella la presencia del ensayo como la más importante, la que habría de definirla; y aun cuando él haya aventurado en otros ámbitos —como es el caso de la novela, de la historia, o del periodismo—, sin embargo se le conoce en el proceso de nuestra literatura, con el título de ensayista. Su novela podría explicarse ciertamente a partir de su vida de intelectual errante, de su nostalgia, y hasta podrían establecerse las relaciones con su producción literaria total, pero ninguna de ellas tendrá, a nuestro juicio, la importancia de obras como *De la Conquista a la Independencia* (1944), *Comprensión de Venezuela* (1949), o como *Formación y proceso de la literatura venezolana* (1940), sólo por mencionar algunos en la larga lista de sus ensayos. En ellos, Picón Salas pone de manifiesto una poderosa intuición capaz de organizar la realidad para construir, con lenguaje artístico, las hermosas partes de sus obras. Y éste sería un proceso opuesto al método del pensamiento científico que propone la tercera regla cartesiana, pues no va de lo simple a lo complejo, sino que tratará de llegar primero a lo más difícil para después descender a la explicación de las cosas más simples.

A pesar de que Picón Salas fue esencialmente un ensayista, a pesar de que la literatura, la historia y la vida fueron solamente los objetos para su expresión en el ensayo, sin embargo, es curioso cómo él rechaza el título de ensayista que se le dio una vez y dice que esto se debe a la improvisación y a la pereza mental que existe todavía en Venezuela.

A mí ya me pusieron el título de “ensayista” —escribe en 1954—, lo que para muchas gentes que tengan la paciencia de leerme o la mayor paciencia de comprenderme, significaría que cada mañana que me siento junto a la máquina de escribir debo secretar un ensayo para no desmerecer de tan honrosa clasificación. El crítico o comentarista no supone que alguna vez me dé la gana de escribir un estudio histórico, un cuento o una novela o sencillamente un artículo polémico, porque también uno necesita descargar la bilis del alma y hasta romperse la cabeza y sangrar ante un problema menudo de los que no requieren tratarse en prosa platónica, sino conjurarlo con mandobles y guijarros.²

Ahora bien, ¿por qué rechaza Mariano Picón Salas el título de ensayista? Creo que tiene que ver con el carácter propio del ensayo, con la consideración de producto ambiguo y sin convincente tradición formal, con su ubicación vacilante entre la filosofía y la literatura; además, con un desprestigio que el ensayo había llevado encima no sólo en lengua española —donde el ensayista estaba asociado con el lugar común, con la retórica, con el ripio— sino también en otras culturas; así por ejemplo, Adorno nos habla en Alemania en un ensayo que “se sitúa entre las diversiones”, y donde su esfuerzo refleja todavía un ocio infantil “que se inflama sin escrúpulos con los que otros ya han hecho”. Con relación a esa aparición degradada del ensayo —que por supuesto no refiere a su esencia o a su forma— escribe Adorno lo siguiente:

Ya en Sainte-Beuve, del que probablemente descende el género del ensayo moderno, se dibuja esta tendencia, que, junto con productos como los perfiles de Herbert Eulenberg, prototipo alemán de una inundación de indigna literatura cultural, junto con los filmes sobre Rembrandt, Toulouse-Lautrec y la Sagrada Escritura, ha seguido promoviendo la neutralización que ya se manifiesta irresistiblemente en la reciente historia de la cultura...³

Pero más allá de ese tipo de ensayo superficial y bastardo, existe otro que ha poseído grandes representantes desde Platón hasta nuestros días. A pesar de ello, lo que continúa obsesionando es la forma del ensayo, su definición, que el propio Picón Salas —una vez que acepta el reto que lleva implícito el título de ensayista— habrá de abordar con acierto. Es el mismo problema que trata Lukács en su “Carta a Leo Popper” (“Sobre la esencia y forma del ensayo”)⁴ y donde se plantea la posibilidad —para su reflexión— de que sus ensayos “puedan llegar a una forma nueva y propia,

y si ese principio es el mismo en todos”. Allí se pregunta no sólo sobre la independencia de esa forma, sino también acerca del tipo de intuición que habría de excluir al ensayo del campo de la ciencia y acercarla al arte; e igualmente en qué medida se da allí la capacidad para una nueva reordenación conceptual de la vida, pero a la vez “lejos de la perfección helada y definitiva de la filosofía”.

La definición que hace Picón Salas del ensayo coinciden con las ideas fundamentales que tanto Lukàcs como Adorno proponen en su teoría para precisar su forma. Dice nuestro escritor, luego de afirmar que “la función del ensayista parece conciliar la Poesía con la Filosofía”, su idea del ensayo: “La fórmula del ensayo... sería la de toda la Literatura; tener algo que decir; decirlo de modo que agite la conciencia y despierte la emoción de los otros hombres, y en lengua tan personal y propia, que ella se bautice a sí misma”⁵.

En estas palabras de Picón Salas va implícita la limitación de la forma independiente para el ensayo, es decir, la explicación de los rasgos correspondientes a esa forma nueva, género éste que, a partir de un hecho cultural preformado —una obra de arte, un texto histórico— o bien de la vida, alcanzará una forma que se baste así misma y que, con las palabras antes citadas, será de tal manera “que agite las conciencias y despierte la emoción de los otros hombres”.

No cabe duda que los ensayos del escritor merideño toman como objeto a veces a la obra de arte, a veces al discurso histórico, y muchas veces a la vida, pero en todos esos casos habrá de buscar la utilidad de su escritura al lado de su expresión artística, en esa conjunción de donde proviene, según Lukàcs, el humor y la ironía del ensayista. Y es esto lo que explica algunas aseveraciones de Picón Salas; así, por ejemplo, cuando escribe sobre Abigaíl Lozano para decir que éste “tiene ese tremendo erotismo contenido de todos los hombres feos”.⁶ O bien cuando escribe a propósito de la muerte de Gómez: “Muchos de los malos sueños y la frustración del país, se fueron a enterrar también aquel día de diciembre de 1935 en que se condujo al cementerio, no lejos de sus vacas y de los árboles y la yerba de sus potreros, a Juan Vicente Gómez”.⁷

Este humor e ironía van sin embargo más allá de una mera frase —y más allá de una “boutade”— pues constituyen un rasgo permanente del estilo del escritor, tal como lo es igualmente de la naturaleza del ensayo. “Como en toda conexión realmente esencial —apunta Lukàcs— se encuentran también aquí el efecto natural de la materia y la utilidad inmediata... Esta conexión es profunda y necesaria, y precisamente lo

inseparable y orgánico de esta mezcla de ser casual y ser necesario es el origen del humor y de la ironía que encontramos en los escritos de todo ensayista verdaderamente grande”.⁸ Pero si el humor surge en este género de la conjunción de lo casual y de lo necesario, es decir, del ensayo como forma artística que se basta a sí misma y de su utilidad explicativa, en Picón Salas se hará evidente su elección de la realidad que le servirá de base. Hace el ensayo, fundamentalmente, un instrumento para la comprensión de la realidad social de nuestros países, y para ello se sirve de la historia y de la propia intuición que le permite organizar lo fragmentario, el caos vital o social, comprenderlo, y expresarlo de forma lúcida y a la vez agradable. Picón Salas, que tiene conciencia de esto, lo señala con orgullosa ironía cuando escribe que el ensayo debe “tener algo que decir”. Y al referirse a “la función del ensayista” dice que “tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos, previene un poco al hombre entre las oscuras vueltas del laberinto y quiere ayudar a buscar el agujero de salida”.⁹

Este afán de comprensión del proceso de las sociedades americanas lo conduce a escribir su magnífico trabajo *De la Conquista a la Independencia*, donde hurga en el devenir de las ideas y de la secuencia de nuestra cultura para así explicar la génesis de nuestros movimientos independentistas. O bien se vale de biografías de hombres de importancia histórica, como Miranda o Cipriano Castro, para tratar de comprender, a través de ellos, una época. Pero esta necesidad de comprender que se señala en el ensayista es similar al que ha tenido nuestra novelística; es el movimiento cultural paralelo de hombres situados en mundos conflictivos que necesitan ser explicados a otros; y más que explicar, sus creaciones deberán provocar emociones y agitar las conciencias como había escrito Picón Salas a propósito del ensayo. Ahora bien, en ese anhelo de despertar conciencias se unen los géneros en nuestra América. El novelista se parece al ensayista, y a veces como en Sarmiento, hay confusión.

En el devenir de la comprensión que encontramos en el ensayista de Mérida, puede observarse un movimiento que va de los procesos más amplios a los más restringidos, de la visión globalizante de la historia de América, por ejemplo, a la más pequeña historia de la sociedad venezolana. Y todo ese proceso de aprehensión y expresión cultural de esa realidad lo ejecuta este escritor de manera original, buscando con su intuición tan aguda, el dato y las conexiones que le permitan construir su forma única, el ensayo, que se basta a sí misma y que por ello habrá de ser suficientemente efectiva sobre el lector. Entonces estamos en presencia de una extraordinaria

Actual

originalidad propia de los grandes ensayistas, que corresponde en la persecución filosófica de Adorno a lo que éste denomina “la violencia contra la ortodoxia del pensamiento”, o bien a la aseveración de que “la más íntima ley formal del ensayo es la herejía”.

Notas

- 1 Theodor W. Adorno cita esta tercera regla cartesiana ("conduir par ordre mes pensées, en commençant par les objets les plus simples et les plus aisés à connaître, pour monter peu à peu comme par degrés jusque à la connaissance des plus composés") para aseverar que esta regla "contradice brutalmente la forma del ensayo". *Notas de literatura*, Barcelona, 1962.
- 2 Picón Salsa M. "Y va de ensayo" en *Viejos y nuevos mundos*, Caracas, 1983.
- 3 Adorno, T.W. Obra citada, p. 14.
- 4 Lukács, Georg. *El alma y las formas*, Barcelona, 1975.
- 5 Ob. cit. p.504.
- 6 *Literatura venezolana*, Caracas, Edime, p. 27.
- 7 *Comprensión de Venezuela en Viejos y nuevos mundos*, p. 17.
- 8 Ob. cit. p. 26.
- 9 "Y va de ensayo", p. 503.